

Editorial

Contra la insularidad y por el desarrollo de una cultura colaborativa

(En los 40 años de *Ciencia y Sociedad*, 1975-2015)

Latinoamérica es como un mar extraño plagado de islas donde cada instancia, llámese país, universidad, departamento o cabeza pensante, trata de convertirse en un pequeño feudo que se diferencia de los demás con base al secuestro de información y al uso distributivo del conocimiento. El papel de toda revista científica, principalmente en nuestro contexto latinoamericano, debe ser el de enfrentar la insularidad constituyéndose en canal para la difusión del conocimiento, como un espacio para el intercambio fecundo de ideas entre los diferentes actores requeridos para nuestro desarrollo. Visto así y tomando en consideración las posibilidades que nos abre el análisis de los cambios inducidos en la sociedad por la ciencia, es posible considerar la trayectoria de una revista como *Ciencia y Sociedad* en sus primeros cuarenta años, de manera que nos permita imaginar hacia dónde pudiera desarrollarse en los próximos cuarenta.

En sus inicios

Cuando nace *Ciencia y Sociedad*, en 1975, los procedimientos editoriales asociados a la recepción, evaluación, impresión y divulgación de artículos científicos eran muy similares a los generados desde la aparición de la imprenta, alrededor del año 1500, fecha bastante coincidente con la del descubrimiento de América. No deja de ser interesante apreciar cómo una comunidad en capacidad de generar conocimiento y divulgarlo percibe a la revista científica como su principal aliado a la hora de hacer llegar ese conocimiento a los lugares donde pudiese ser utilizado, bien fuese por la misma comunidad científica a efectos de generar nuevo conocimiento, o por los

posibles usuarios del mismo, bajo la forma de actores y decisores de políticas públicas. Con más razón en nuestra geografía latinoamericana donde, conscientes de nuestra realidades y limitaciones, la comunidad científica lucha por el reconocimiento y el apoyo en la toma de decisiones.

Este apoyo se precisa más en aquellos casos donde la inserción de conocimiento puede alterar positivamente los resultados de las acciones de las políticas públicas.

Resulta entonces natural percibir cómo una revista científica, al ser vista desde diferentes ángulos, puede ser apreciada tanto como objeto de prestigio para las instituciones responsables de su publicación y para los investigadores que publiquen en ella, y como instrumento de vinculación con el resto de la comunidad académica, ya que esta utilizará los resultados publicados para orientar sus propias investigaciones. De modo que la revista funciona también como mecanismo de cohesión para hacer llegar a los decisores y a la sociedad en general, conocimiento útil, con potencial para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos y que justifica, en última instancia, el esfuerzo y los recursos que se invierten en el aparato científico-académico. En nuestra parte del mundo, desafortunadamente —y después de los esfuerzos desarrollistas de las décadas de los sesenta y los setenta— la tendencia se orienta a poner en tela de juicio el papel de la ciencia como motor del desarrollo y como panacea para resolver nuestros problemas.

Si a lo anterior se agrega lo difícil de adelantar labores editoriales en nuestro medio, tanto por el problema de conseguir autores, como del funcionamiento de los servicios públicos (el correo por ejemplo, principal medio de comunicación en los inicios de la revista), por no hablar de los costos implícitos en la tipografía tradicional, la impresión en papel y los envíos por correo, podemos concluir que la etapa que ha sido ya superada por *Ciencia y Sociedad* pudiera bien ser llamada “etapa heroica” de la revista.

Y durante todo ese tiempo la misión abanderada de la revista no se ha dejado subyugar por la insularidad y la endogamia sino que, muy por el contrario, contribuye, armónicamente, con el balance entre ciencia y sociedad (“... que contribuye al desarrollo sostenible de la sociedad mediante la ciencia y la tecnología”).

Hoy

Frente a ese surgimiento de la desconfianza hacia los canales tradicionales de comunicación y hacia las fuentes del conocimiento, surge la duda y la crisis, pero simultáneamente se vislumbran oportunidades. Llega así la revista a la era digital. Esa aspiración por contribuir a la difusión del conocimiento generado mediante la investigación y a su utilización posterior para definir e implementar políticas públicas se ve ampliamente favorecida y transformada por la aparición de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y su innegable impacto en la sociedad. Hoy en día con la web 2.0 se abre la posibilidad del intercambio abierto entre emisores y usuarios de información y conocimiento. Bajo el múltiple impulso del abaratamiento de costos y mejoramiento de la eficiencia en las comunicaciones entre científicos y editores, y entre estos y las editoriales, así como el nacimiento de las colecciones digitales, y la alternativa posible de optar entre formatos tradicionales y los nuevos formatos digitales, los editores de revistas científicas tienen abiertas ante sí toda una gama de posibilidades que a su vez llevan inherentes nuevas responsabilidades, como la de facilitar el flujo de información desde los investigadores hacia el espacio de investigación y hacia el espacio de los posibles usuarios de esa investigación. Y por primera vez en la historia, desde esos usuarios hacia los investigadores.

Encontramos así, cada vez más, a la revista como bisagra del conocimiento entre investigadores y sociedad. Con nuevos formatos, como el de las páginas web donde se alojan simultáneamente los números de la revista (que también se imprimen y divulgan en los formatos tradicionales) con espacios para el diálogo, la conversación entre lectores interesados y los científicos autores de los

trabajos, o con la formación de comunidades para la discusión de las consecuencias de los hallazgos o para definir las “ignorancias” que merecen ser investigadas. Una posibilidad real de vencer la barrera del conocimiento como la nueva barrera para la igualdad y el reto de la gobernabilidad, como anuncia el último “webinar” del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Oslo. Todo lo cual abre las puertas a la posibilidad de contribuir a la creación de una nueva cultura de la colaboración que ayude a disminuir la insularidad que ha impedido que se logre la síntesis de conocimientos necesaria para poder atacar eficientemente los complejos problemas que nos presenta la sociedad y que debemos resolver para mejorar la calidad de vida de nuestras poblaciones.

El futuro

Vamos así hacia el futuro con visiones como la que nos pueden brindar los estudios de la Universidad de la Singularidad (Una institución académica en Silicon Valley cuya finalidad es “reunir, educar e inspirar a un grupo de dirigentes que se esfuercen por comprender y facilitar el desarrollo exponencial de las tecnologías y promover, aplicar, orientar y guiar estas herramientas para resolver los grandes desafíos de la humanidad”). Podemos entonces tratar de entender el papel de la revista científica a la llegada de la singularidad tecnológica prevista a lograrse entre los años 2020 y 2040, tan solo dentro de 25 años. Para ese momento lo importante será asegurar que nuestros decisores reciban en sus correos diarios los resultados que llegan en forma permanente a la revista enviados por los investigadores que estén estudiando nuestra realidad; que cuando esos decisores inicien acciones para resolver nuevos problemas, los datos aportados desde nuestra revista estén en los bancos de datos y que los buscadores automáticos se utilicen para generar los resúmenes ejecutivos que orientarán las primeras decisiones que permitirán integrar los equipos de trabajo inter y transdisciplinarios encargados de resolver

el problema en cuestión. Dicha integración tendrá que incluir a los investigadores en mejor posición para contribuir con los resultados buscados.

Podemos imaginar flujos permanentes de comunicación en tiempo real entre las comunidades, los investigadores y los responsables de las políticas públicas, habiéndose eliminado casi totalmente a los intermediarios del conocimiento, los “knowledge brokers” tan necesarios en el momento actual para ayudar a traducir y movilizar el conocimiento entre mundos que utilizan simbologías diferentes, como lo son el científico y el político.

Eso lo vemos venir, pero... ¿estará América Latina preparada para ello? ¿Tendremos el valor y la fuerza, en los actuales momentos, para garantizar que cuando lleguen esas nuevas realidades podamos participar de ellas y seguir con el resto de la humanidad en su ascenso permanente? De lo que hagamos hoy dependerán nuestras posibilidades de acción mañana. Por eso el momento actual lo podríamos denominar “etapa de la racionalidad constructiva”, puesto que solo llevando a su máxima expresión nuestra racionalidad en la generación y uso del conocimiento requerido podremos terminar de vencer la insularidad que nos constriñe y adoptar la cultura colaborativa que nos permitirá unir nuestras mentes y esfuerzos. Solo así la racionalidad orientará nuestras acciones y proyecciones. Solo así podremos estar preparados para ese futuro que nos aguarda.

Muchos años de exitosa vida para *Ciencia y Sociedad*.

Luis Arnoldo Ordóñez Vela
Fundación Interconectados